

Naturaleza (y) madre

Gabriela Aguilera



A SUS SESENTA Y SIETE AÑOS, mi madre decidió que quería tener otro hijo. La ciencia ha avanzado muchísimo —me explicó— y ahora los ovarios pueden tratarse para mantener su fertilidad tras la menopausia. Más allá de que la noticia que mi madre había leído en el *twitter* no era del todo exacta, cuando me la dijo sentí una pequeña puñalada en mi ego de hija única. “Parece que no te bastara con haber sido madre una vez en la vida”. “No, no es eso, querida, no seas ridícula —me contestó— no me vas a salir ahora con que estás celosa de un hermanito fantasma”, dijo burlona. “No —continuó— lo que pasa es que creo que la vida reproductiva no tendría por qué acabar así, tan abruptamente. Hoy en día la gente consigue retrasar la vejez cada vez más y la posibilidad de tener hijos después de la menopausia es sólo una consecuencia lógica del progreso. Nadie puede detener el cambio —mi madre es optimista por naturaleza— viviremos más años, la ciencia curará las enfermedades de la vejez y por tanto tendremos hijos más tarde. Además, si no lo hago yo, ¿quién va a continuar con el relevo?, tú no piensas tener hijos, si fuera por ti se irían todos nuestros genes al demonio”. Me imaginé echando por la borda generaciones y generaciones de ancestros decepcionados. ¿Entonces —insistió— me acompañarías mañana a la clínica de fertilidad?

Después de la conversación con mi madre me quedé atónita un buen rato. Esta era, por mucho, la idea más extravagante que se le había ocurrido desde que tengo uso de memoria. Y eso que mi madre nunca se ha andado por las ramas, ni siquiera cuando echó a mi padre de la casa bajo el pretexto de rehacer su vida al lado de un enfermero cubano, veinte años menor que ella.

Así es mi madre, siempre en busca de la novedad, piensa que el mundo tiene alguna clave secreta que revelarle. Bueno, pero esto era el colmo. Me sorprendía también de mí misma por no haberla frenado en seco en el teléfono. Es cierto que como hija única solía seguirle la corriente en todas sus ideas disparatadas, quizá por temor a sus arrebatos y chantajes. Madre es una reina del drama; nació para el espectáculo aunque haya trabajado toda la vida en un despacho de abogados. Si fuera un personaje de ficción, sería el mago de Oz. Ninguna promesa es demasiado inverosímil para ella, puede prometer el cielo y las estrellas sin temer la amargura del desengaño.

Esta vez, sin embargo, había ido muy lejos en sus fantasías pseudocientíficas. Es verdad que el enfermero cubano la abandonó porque quería tener un hijo que ella ya no podía darle pero, vamos, de ahí a fabricarse una trama de película de ciencia ficción... ¿Y todo ese numerito del progreso científico y el avance imparable del cambio? Esto ya me empezaba a preocupar. ¿Estaría entrando en esa etapa de demencia prematura que todos los hijos tememos le ocurra a nuestros padres? ¿O acaso sería yo quien exageraba todo con mi bien conocido nihilismo cioraniano? Temí estar atravesando una fase de negación, al estilo de las teorías del buen salvaje que añoran el pasado y repudian cualquier asomo de

avance tecnológico. ¿Me estaría volviendo reaccionaria *avant l'heure* o simplemente seguía operando en mí aquel oscuro poder de encantamiento de toda madre? ¿Me estaba dejando hechizar por ella una vez más?

Después de mucho pensar, decidí que mi madre tenía derecho a buscar la autorrealización, fuera por la vía que fuera. Quién era yo para arrebatarle esa ilusión. Finalmente sería ella quien tendría que enfrentar la aceptación de los términos implacables del mundo que incluían el fin de la edad reproductiva, entre otras tantas consecuencias. Yo simplemente la llevaría de la mano, como el oráculo, como quien conduce a una enferma ante el espejo y le dice "Conócete a ti misma, sólo así te curarás".

Creo que mi madre experimentó un mínimo momento de derrota al salir de la clínica de fertilidad; pero fue un gesto minúsculo, prácticamente imperceptible. Un leve fruncimiento de la sonrisa, un parpadeo más rápido de lo habitual. Yo la admiré como nunca pues no era su estilo darse por vencida. El mundo podrá decir otra cosa, pero ella permanece de pie. Ya vendrán más noticias científicas alentadoras, habrá alguna que otra revolución doméstica, caerán algunas teorías fundamentales; pero confío en que mi madre estará ahí, siempre atenta a los aires cambiantes del tiempo. ▀

